



¿CÓMO SE INVESTIGA EN FILOSOFÍA MORAL?

¿HOW IS MORAL PHILOSOPHY RESEARCHED?

PABLO ROLANDO ARANGO
UNIVERSIDAD DE CALDAS

Recibido el 30 de abril y aprobado el 22 de mayo de 2007.

Antes de dar una respuesta directa a la pregunta, quiero hacer dos aclaraciones. En primer lugar, como una rama de la filosofía, la teoría moral comparte los métodos generales de investigación propios de aquella, y obviamente también sus dificultades. En segundo lugar, quiero advertir que no creo que exista algo como El método de investigación de la filosofía, un camino o serie de estrategias que pueda utilizarse indistintamente aquí y allá para resolver cualquier problema. Así, en mi respuesta voy a concentrarme en ciertas características muy generales de los estudios filosóficos y de la ética en particular.

La primera característica importante de las preguntas filosóficas es que no se resuelven únicamente recolectando información. Otra forma de decir esto es que la filosofía nunca trata directamente sobre hechos observables, sino más bien sobre la forma en que pensamos acerca de los hechos. Esto no significa que los hechos sean irrelevantes para la filosofía, sino que resultan insuficientes para responder las preguntas filosóficas. La filosofía comienza cuando, a pesar de tener claros los hechos, estamos confundidos acerca de cómo pensar en ellos. Quizás un ejemplo sirva para aclarar esto. Piénsese en la discusión sobre si debe nuestro sistema penal instaurar la pena de muerte para castigar delitos graves como el secuestro o las masacres. Éste es un problema típicamente filosófico, ya que podemos tener todas las estadísticas claras y aun así no saber con certeza cómo debemos resolver el problema. Por un lado, el sistema penal en sí mismo no nos puede dar la respuesta, puesto que estamos haciendo una pregunta que es externa a dicho sistema. Por otra parte, las estadísticas sobre delitos no nos dicen tampoco cuál es la respuesta, y esto se manifiesta en el hecho de que personas igualmente inteligentes y racionales, con las mismas estadísticas en sus mentes, difieren ampliamente sobre la respuesta. En resumen, los problemas filosóficos no pueden responderse mediante los mismos procedimientos de las ciencias naturales o sociales.

El segundo rasgo importante de las investigaciones filosóficas, que es una consecuencia del anterior, es que, en gran medida, tales investigaciones son conceptuales. Esto significa que al hacer una pregunta filosófica gran parte del trabajo consiste en el estudio de significados, de relaciones lógicas. El filósofo británico Gilbert Ryle hacía una analogía entre el trabajo de los ingenieros civiles y el de los filósofos. Así como los ingenieros deben realizar pruebas de resistencia para determinar la capacidad de sus materiales, los filósofos deben someter sus conceptos y afirmaciones a pruebas de resistencia para determinar su coherencia, el punto en que “se quiebran”. Por ejemplo, alguien sostiene que el aborto es moralmente inaceptable porque constituye un irrespeto a la vida, y la vida es sagrada. Así puesto, este argumento implica que la práctica de comer carne animal es tan reprochable como el aborto, ya que los animales están vivos. Esto significa que el crítico del aborto debe refinar su razonamiento, a riesgo de caer por una pendiente de conclusiones absurdas (p. ej., que arrancar una brizna de hierba es moralmente incorrecto). Una vez refinado el razonamiento, el filósofo vuelve a la carga para poner a prueba las nuevas afirmaciones.

El tercer rasgo, estrechamente conectado con los anteriores, es que, a pesar de su carácter conceptual o no empírico, la filosofía cuenta con procedimientos para someter a prueba sus resultados. En filosofía se realizan experimentos, sólo que el laboratorio no está en ninguna universidad, sino en los cerebros de la gente. Los experimentos filosóficos son experimentos mentales, imaginarios, diseñados únicamente para poner a prueba la consistencia lógica de una hipótesis o teoría. En este sentido, la coherencia lógica es la principal virtud que debe tener una postura filosófica. Un ejemplo también resulta esclarecedor aquí. La filósofa norteamericana Judith Jarvis Thomson propone la siguiente situación imaginaria para poner en duda uno de los argumentos más populares en contra de la práctica del aborto. Se trata de que usted ha entrado a un hospital para donar sangre pero, por accidente, ha sido anestesiado, y durante el periodo de inconsciencia, su aparato circulatorio ha sido conectado al de un violinista famoso quien necesita de su sangre para purificar sus riñones. Cuando usted despierta y se encuentra en tan penosa situación, el médico le explica el error, le pide disculpas y le dice:

En este momento la vida del violinista depende de usted. Si decide desconectarse, él morirá. Se necesita que usted permanezca aquí postrado y conectado al violinista durante, por lo menos, los nueve meses siguientes. Sin embargo, usted puede exigir que lo desconectemos. Pero, por favor, recuerde que los violinistas son personas, y las personas tienen derecho a la vida.

Thomson nos pide que imaginemos sinceramente qué haríamos en tal situación. Ella concluye que no sería incorrecto reclamar la desconexión, a pesar de que eso

signifique la muerte del violinista. Con tan extravagante ejemplo, lo que la filósofa quiere mostrarnos es una “verdad conceptual”, a saber: que tener el derecho a la vida no equivale a tener el derecho a todo lo que se necesita para seguir viviendo. Aplicando esto al caso del aborto, según la filósofa, obtenemos la conclusión de que, aun si el feto tiene derecho a la vida, eso no implica que tenga el derecho de usar el cuerpo de la madre durante nueve meses. En pocas palabras, ella está sugiriendo que no es incoherente aceptar, por un lado, que el feto tiene el derecho a la vida, y por el otro, que el aborto es moralmente aceptable.

Ahora podemos ver con más claridad en qué consiste la investigación en filosofía moral (para simplificar, podemos considerar la filosofía política como una variante específica de la ética). Las preguntas centrales de la ética son *normativas*. Esto significa que no son acerca de cómo es efectivamente el mundo, sino más bien acerca de cómo deberíamos actuar, de qué es lo justo o lo bueno. Aquí podemos distinguir dos niveles de investigación, que están estrechamente interconectados: i) el nivel teórico, en el cual intentamos elaborar una teoría general y sistemática sobre la justicia, el bien y el mal; y ii) el nivel práctico, en el que nos preguntamos si determinada acción o política es correcta o incorrecta. La relación entre ambos niveles puede resumirse en lo siguiente. No podemos responder adecuadamente las preguntas prácticas si antes no tenemos alguna idea, por vaga que sea, sobre lo que está bien o mal. En otras palabras, las respuestas que demos a las preguntas de primer nivel determinarán en gran medida nuestras conclusiones prácticas en el segundo nivel. A su vez, los problemas planteados por la práctica, que siempre resulta cambiante y difícil de encapsular en una teoría, darán origen a revisiones más o menos radicales en nuestra teoría de primer nivel.

Un problema que surge aquí para cualquier filósofo es el conflicto entre las implicaciones de su teoría y las intuiciones morales comunes. Esto ocurre cuando examinamos cuidadosamente las implicaciones lógicas de nuestra concepción moral. Por ejemplo, la teoría utilitarista juzga la bondad o maldad de las acciones en términos de una norma básica que se denomina “Principio de utilidad”, según el cual siempre debe buscarse el aumento del bienestar general o la disminución del perjuicio general. Así puesta, esta idea parece bastante razonable. Sin embargo, si la examinamos detalladamente encontraremos que la idea original aparentemente inofensiva tiene implicaciones problemáticas. Por ejemplo, el utilitarismo implica que cualquier otro valor debe ser sacrificado en caso de que entre en conflicto con el bienestar general. Por eso, el utilitarismo enfrenta el problema de explicar decisiones difíciles en las cuales el bienestar choca con algún valor importante, como la justicia y la libertad. Porque, para tomar un caso, sería injusto castigar a un inocente, aunque al hacerlo se maximice el bienestar general. Esto es sólo un ejemplo, y una parte considerable de la filosofía moral discurre sobre este tipo de problemas. Lo que quiero señalar es una de las dificultades más sobresalientes a las que debe enfrentarse cualquier investigador en esta área. El filósofo norteamericano

John Rawls, quien revolucionó la teoría moral y política en el siglo XX, propone un procedimiento -que tomó de la epistemología- para enfrentar este problema. La idea de Rawls es que deberíamos buscar un “Equilibrio reflexivo” (la expresión original es de Nelson Goodman), de tal forma que los principios morales y políticos que adoptemos deben ser compatibles con lo que él denomina “nuestras intuiciones morales mejor razonadas”. En pocas palabras, tales intuiciones constituyen la prueba que debe superar cualquier teoría moral, de tal modo que, en caso de que la teoría tenga implicaciones que choquen con tales intuiciones, debemos corregir la teoría. Desde luego, la propuesta de Rawls también ha sido discutida, pero la menciono aquí como una ilustración de la manera en que los filósofos pueden enfrentar sus dificultades.

A pesar de las limitaciones de espacio, no quisiera terminar sin hacer algunas observaciones sobre el estado actual y las perspectivas de la investigación en ética. En primer lugar, me parece incuestionable que la filosofía moral en la actualidad sólo puede desarrollarse fructíferamente si tiene en cuenta los resultados de ciencias como la biología, la economía, la antropología, la sociología y la psicología. El desarrollo de estas ciencias durante el siglo XX no sólo ha implicado nuevas herramientas para la reflexión filosófica, sino también nuevos desafíos. Está, por ejemplo el problema de si nuestra naturaleza biológica y psicológica le impone límites a la idea clásica de responsabilidad moral. En política, cualquier teoría sobre la organización social deseable debe tener en cuenta las consideraciones de viabilidad económica. Los descubrimientos antropológicos y sociológicos, por su parte, plantean el problema de si por debajo de las enormes diferencias sociales y culturales hay todavía un núcleo común que permita adelantar generalizaciones razonables y practicables en ética y política.

En segundo lugar, hay una serie de desafíos teóricos que resultan de los acelerados cambios que ha vivido el mundo en el último siglo. Por ejemplo, parece que las teorías morales clásicas forjadas durante la modernidad (el contractualismo, el utilitarismo o la ética kantiana, para mencionar las más populares) resultan insuficientes a la hora de evaluar problemas nuevos, tales como la crisis ambiental o la tensión entre las fuerzas globalizadoras y las tendencias de reafirmación nacional y local. Piénsese en que, por ejemplo, la doctrina clásica de los derechos humanos, según la cual cada persona nace con un paquete específico de derechos, parece completamente inútil a la hora de abordar el problema de cómo hacer frente al deterioro global del medio ambiente.

Finalmente pienso que la filosofía, y la filosofía moral en particular, debe reencontrar la voz adecuada para hablarle a la opinión pública. A este respecto, uno de los rasgos más indeseables del estado actual de cosas es la súper especialización en que ha caído la filosofía, lo cual ha terminado por alejarla de la excitante conversación que mantuvo en otras épocas con el resto de la cultura humana (esto,

desde luego, es una generalización, pues siempre ha habido filósofos capaces de llegar a un público amplio). Esta necesidad me parece de particular importancia hoy, puesto que la filosofía tiene mucho que aportar a los grandes debates públicos, pero primero que todo debe hablar en un idioma entendible para cualquier persona inteligente e interesada. La teoría moral y política ha realizado logros importantes en el último siglo, y los aciertos del pasado tampoco son despreciables, pero todo esto debería encontrar un canal de comunicación con la corriente más amplia de la cultura. El mecanismo hipotético de decisión moral y política propuesto por John Rawls, las discusiones en teoría del derecho sobre los conflictos entre normas, la forma en que el análisis lógico contribuye a esclarecer problemas morales; todas estas cosas tienen una importancia capital para muchas de las discusiones públicas actuales, pero su influencia será menor y más limitada si los filósofos profesionales no logran salir del diálogo escolástico (tan necesario para el progreso de la teoría) en el que han estado casi exclusivamente enfrascados.